# ALBORADA



# "LOS DIENTES DEL PERRO"

de J. González Castillo y Alberto T. Weisbach



J. GONZALEZ CASTILLO

# A L B O R A D A



Revista de sociología, literatura y arte

Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira



AÑO 2 — BUENOS AIRES, 15 de MAYO de 1918 — N.º 14

González Castillo y Alberto T. Weisbach, cuya habilidad consumada en el manejo de los *bamboli* del tablado nadie les discute, y cuya fecunda vena todos admiramos, nos han obsequiado con esta hermosa joya de sus robustos talentos. Una de las más inspiradas producciones del teatro nacional y dignísima hermana de "El grillete", "El hijo de Agar", "La serenata", "El guaso" y "Resaca."

Si nuestra palabra tuviese toda la elocuencia y eficacia necesarias para el caso, les pediríamos que no abandonasen jamás la luminosa ruta tan felizmente emprendida y siguiesen cultivando ese teatro de arte y de emoción, de espiritualidad y de jugosas ideas, porque nadie más indicados que ellos para llevar por buenas sendas a esa pobre nave tan zarandeada del Teatro Nacional.

# "LOS DIENTES DEL PERRO"

Pieza en un acto y dos cuadros, original de

## J. GONZALEZ CASTILLO y ALBERTO T. WEISBACH

Estrenada en el Teatro "Buenos Aires", de Bs. Aires, el 26 de Abril de 1918, por la Compañía Nacional Muiño-Alippi.

PERSONAJES:

| | | | |
|---|---|---|---|
| MARIA ESTHER | Sta. Poli | PAYO MARTINEZ | Sr. Muiño |
| ANGELICA | " Cata | TURDERA | " Pérez |
| IVONNE | " Barrilaro | PATOTERO 1.º | " Otegui |
| DOÑA JUANA | Sra. Ada | PATOTERO 2.º | " Coiro |
| PEPA | " X. X. | PATOTERO 3.º | " Sánchez |
| ROSA | Sta. Alonso | UN VIEJO AMIGO DE MARTINEZ | " Betoldi |
| MARIA | " Alicia | DIEGO MARTINEZ | " Drames |
| HECTOR | Sr. Alippi | JUANITO | " Hernández |

## ACTO UNICO

### CUADRO PRIMERO

*(Interior de un Cabaret. La orquesta (Típica) a la derecha, sobre una tarima. Mesas, sillas y demás, en la disposición de costumbre.)*

### ESCENA PRIMERA

*Cabaret en pleno funcionamiento*

*Primera mesa a la derecha*: MARIA ESTHER, *sola*.
*Segunda mesa a la izquierda*: ANGELICA y TURDERA
*Segunda mesa a la derecha*: VIEJO AMIGO y PAYO MARTINEZ.
*Primera mesa a la izquierda*: LA PATOTA e IVONNE

*(Un segundo antes de levantarse el telón, la orquesta típica comenzará a ejecutar un estilo, lo más tristón posible. Al levantarse el telón, aparecerán todos escuchando con alguna religiosidad la música, a excepción de* IVONNE.)

PATOTERO 1º (*Ebrio, fija la mirada en la orquesta, se lleva frecuentemente el pañuelo a los ojos, dando muestras de sentirse muy emocionada*). — ¡Qué estilo!... ¡Parte el alma!... (*Tararea un poco la música y ahoga la voz en un sollozo.*)

PAYO MARTINEZ (*Entra y busca ubicación, saludando a varios. Cesa la música.*)

VIEJO AMIGO. — ¡Che, Payo!... Venga, che, pó amigo.

PAYO. — ¡Hola!.. ¿Cómo te va, Santiagueño? ¿Desde cuándo por acá?

VIEJO. — Hoy dia i yegao... ¡Pucha!... ya desesperaba de no ver una cara conocida. Y con quién me habia de topar... con el Payo. Calaverón viejo él. Sientesé che pó...

PAYO. — No, che; gracias.

VIEJO.—¿Cómo? ¿Qué no me va a acompañar? No faltaba sino eso. Sentáte... no podis disairarme...

PAYO. — ¡No!... es que... (*Aparte.*) ¡Qué programita! (*Se sienta.*)

VIEJO. — Pero che, Payo, te ha reventao la helada, andás blanqueando en canas.

PAYO.—Es de familia, che; mi padre ya a los treinta años tenia la cabeza blanca.

VIEJO. — Me vas a decir a mí. Tu padre a esa edad no tenia un pelo...

PAYO. — Un pelo'e zonzo...

VIEJO. — No, ni de vivo, si era pelao. (*Ríe*).

PATOTERO 1.º—¡Pucha que estoy triste!

PATOTERO 2.º—Pero che, estás con amigos...

PATOTERO 1.º—¡Es que todos están tristes!... Somos unos pobres tristes!.... como dicen en los sainetes... ¡Vos... y éste... y todos!...

PATOTERO 2.º (*Ríe.*) — ¡No embromés!

PATOTERO 1º — Ahí tenés... Vos crees que te has reido? ¡Mentira!... Has contraido la cara en una mueca ridícula. (*Llora.*) Se acabó la alegria. (*Con desconsuelo.*) No ves, ya no puedo reirme... (*Hace una mueca para reir y llora.*) No ves... (*Llora.*)

VIEJO. — L'agarrao en sentimental el' tipo... (*Ríe*).

PAYO. — Che... ¡No se meta! (*Aparte.*) ¡Este se la va a ligar!

VIEJO. — Son unos locos estos porteños. (*Ríe*).

PAYO.—Callesé, amigo... o espiantujen.

VIEJO. — Pero che...

PAYO. — Yo sé lo que te digo. No es un dia que frecuento esto y puedo asegurarte que se puede alternar cómodamente con ellos, siempre que se esté a diapasón.

VIEJO. — Bueno, empezá, entonces... Aura tocan a yurar... empezá!... (*Ríe*).

PAYO. — Este se la liga...

IVONNE. — Me... está llorando de verás!... (*Ríe*). A yuar!... (*Acariciándole la cara.*) ¡Oh quel ridicúl!... Mon cheri!...

PATOTERO 1º—¡Dejáme!...

IVONNE.—Mé má ser un otario!

PATOTERO 1º—Respetá mis lágrimas...

IVONNE.—Lágrime de cocodril?...

PATOTERO 1º—Pa vos que no has llorao nunca!

IVONNE. — Vos tampoc, solamant si estás borrach.

PATOTERO 1º—(*Transición*). ¿Quién es borracho? ¡Hablá!... ¡Repetí lo que has dicho!

IVONNE.—Pardón, bon ami, ye croayaba que estaba de brom.

PATOTERO 1º—Qué broma, ni qué broma. ¡Espiantá! Si no querés que te dé vuelta de un guantón.

IVONNE.—Pero che, mua queride...

PATOTERO 1º (*Se levanta en disposición de golpear a* IVONNE.) — Yo no soy querido de ninguna imbécil!... (*Amagándole un golpe de puño, pero los demás patoteros intervienen*).

PATOTERO 2º (*A* IVONNE).—Bueno, andáte vos también.

IVONNE (*Encogiéndose de hombros*).—E bien... (*Váse a otra mesa*).

PAYO. — Tomá nota, che, Santiagueño.

VIEJO (*A* IVONNE.) — Venga isi, no le haga caso a esos loqués...

IVONNE (*Murmurando*). — ¡Sovayes!

PAYO (*Aparte*). — Este no sospecha las patadas y trompadas que está incubando. (*A* IVONNE). Che, no vengás a comprometernos.

IVONNE. — E bien, no me sale la gana. Yo resté isi. (*Se sienta en la mesa de los viejos*).

PAYO (*Mirando hacia la mesa de los patoteros y notando que éstos fulminan con la mirada a su viejo amigo*). ¡Uh!... ¡Qué fija! (*Retirando un poco la silla hacia la mesa de* MARIA ESTHER). Tomemos precauciones por si se les ocurre bombardear antes de atacar. (*El* VIEJO *sigue su animada conversación con* IVONNE, *pretendiendo enamorarla*).

PAYO (*A* MARIA ESTHER).—¿Y usted no baila?

MARIA ESTHER. — ¡Cómo no! Para eso estoy aquí, señor.

PAYO. — ¿Señor? (*En broma*). El Señor está en el Cielo... ¿Se divierte?

MARIA ESTHER. — Tanto como divertirme... la obligación.

PAYO. — Ah... usted está a sueldo ahora?

MARIA ESTHER. — Que más remedio, señor.

PAYO. — ¿Pero usted hace poco que frecuenta este cabaret?

MARIA ESTHER. — Si, señor; poco. Antes me obligaban a venir, me traian a divertirme, ahora... he vuelto sola para ganarme el pan.

PATOTERO 1º (*Arroja un bollito a la mesa del viejo*).

PAYO (*Al* VIEJO). — ¡Che!... Me parece prudente que se vaya.

IVONNE. — ¿Pur cuá?... Se puede mandarg mudarg usted si quiere...

PAYO. — ¡Cómo son ustedes!... Comprometen a cualquiera con tal de no quedarse con el agravio.

IVONNE. — Quiere que le diga la cuestión?... Con le valor que usté tiene, puede muy bien montar un fabric de jabón! (*El* VIEJO *ríe*).

## ESCENA II

TURDERA (*A* MARIA ESTHER). — Vas a bailar conmigo el tango que van a tocar...

MARIA ESTHER. — ¿...?

TURDERA. — pero... arrib'una mesa.

MARIA ESTHER. — Lo acompañaré, si quiere, pero para hacer el ridículo, no!

TURDERA. — Quiere decir, que te negás a bailar conmigo?

MARIA ESTHER. — Ya le he dicho.

TURDERA. — No te vas arrepentir después, eh?

MARIA ESTHER.—Para eso, ahi tiene su amiga.

ANGELICA. — ¿Qué es lo que hay?

TURDERA.—Nada, se niega a bailar conmigo.

ANGELICA (*A* MARIA ESTHER). — Che, a Turdera no le hace un desaire ni vos ni nadie.

MARIA ESTHER. — Yo no me niego a bailar, lo que si, que no me presto a servir para el titeo de todos.

ANGELICA. — Por qué, para el titeo?...

MARIA ESTHER. — Bailar arriba de una mesa es dar espectáculo y yo no quiero.

ANGELICA. — Jesús, la niña... (*A* TURDERA). Vení, yo te acompaño, Papaito, vení.

TURDERA. — Acordate, eh!... ya te va a pesar esto. (*Vàse a su mesa*).

ANGELICA (*Volviéndose y a* MARIA ESTHER). — ¡Che!... y eso que has dicho de titeo... crée-me, tanto pa vos, como pa mi, como pa cualquiera de estas mujeres, es un orgullo bailar con mi Turdera. (*Vàse a su mesa, cuerpeando al andar. Los* PATOTEROS *siguen arrojando proyectiles al* VIEJO).

PAYO (*A* MARIA ESTHER). — ¿Usted conoce a ese mozo?

MARIA ESTHER (*Con dolor*). — Si lo conozco?... Es a quien debo toda mi desventura, señor.

PAYO. — ¡Ajá!... Pues por su aspecto nadie creería...

MARIA ESTHER. — Nadie, señor, nadie. Como podia yo sospechar...

PAYO. — Sí, es claro, lo de siempre. Visten tan bien su exterior, que fácilmente engañan...

MARIA ESTHER. — Venia a lo de Harrods, donde yo trabajaba, y se mostró tan amable, obsequioso y caballero, que le presenté a mi madre... (*Pausa*). ¡Lo más contenta ella!... Le pareció tan bueno... que llegó a quererlo como a un hijo. Un dia confié en él, en sus promesas... (*Pausa*). Logrado lo que quiso, no supo disimular más, o no lo pretendió siquiera. Me di cuenta de mi situación, pero no atiné a nada. Por aquella casa empezaron a desfilar todos sus amigotes y amigas y me presentaba como ostentando su hazaña. Allí se bailaba y se bebia hasta el amanecer. Y así después en Palermo, Armenonville, en los cabarets, me exhibia como si pusiese todo su afán en arrancar a girones el pudor que vanamente pretendia conservar. Mi madre lo supo y murió de pena. (*Pausa*).

PAYO.— Y cómo pudo desprenderse de sus garras?

MARIA ESTHER. — Como no me prestara después a sus combinaciones, me echó a la calle con lo puesto.

PAYO. — ¡Qué infamia!...

MARIA ESTHER. — Ya ve usted, señor, si lo conozco. (*Pausa*).

PAYO. — ¿Y esa... Angélica?

MARIA ESTHER. — Es una que tocaba en la orquesta del Guaraní.

PAYO. — Una nueva victima.

MARIA ESTHER. — Sí... pero ella parece tan a gusto.

PAYO. — Efectivamente, a todos asombra por las grandes predisposiciones que demuestra para esta vida. Ha acertado esta vez, el bandido. Esa es la mujer que le conviene, aunque se ve que es una criatura inconsciente. (*La orquesta comienza a ejecutar un tango*). (*Se ha de bailar el tango como en los cabarets. Una pareja de mujeres solas. Con "cortes y quebradas". La orquesta debe hacer los ruidos peculiares de las auténticas, gritos, ladridos, silbidos, etc.*)

## ESCENA III

ANGELICA (*Arrastra una mesa hacia el centro de la escena*). Un momento!... (*Sube a la mesa*). Vení, Papaito... Señores: Este tigre (*señalando a* TURDERA) y no hay dos, es un bailarin científico del tango. Percatan?...

TURDERA (*Le amaga cariñosamente un golpe de puño*).

ANGELICA. — ¡Parate!... ¿Y yo?... Aunque soy remanyadisima, soy su papa!... (*Mirando a* MARIA ESTHER). Verdad, Papaito? (*Bailan*).

PATOTERO 1º (*Que ha seguido haciendo libaciones, tararea el tango y se conmueve con sus notas*). ¡Ah! ¡Tango!... ¡Tango! La siento en el alma esta música, tan nuestra!... (*Llorando*)... ¡Pucha!... ¡Cómo estoy triste!... (*Tírale un bollo al* VIEJO *y sus compañeros lo imitan, hasta aumentar el calibre de los proyectiles*).

PAYO.—Compadre, abra el paraguas, que llueve...

EL VIEJO. — Al que yo le pesque, le voy a hacer sonar el coco con este tala! (*Arrecian los proyectiles y entonces el viejo se encara con* PATOTERO 1º). A vos mismo...

PATOTERO 1º (*Mira a un lado y otro y después se ríe*).

VIEJO. — A vos mismo, llorón!...

PATOTERO 1º — ¿A mi me habla?...

VIEJO. — ¿Y a quién será?...

PATOTERO 1º (*Se levanta y le da un trompazo, que le siguen otros de los demás* PATOTEROS. *Intervienen los mozos y el patrón y se hace la calma, después de invitar al* VIEJO *a que abandone el local. La orquesta acalla el bochinche, o mejor dicho, lo aumenta, a puro tango*).

VIEJO. — Si los yego a agarrar por mi provincia!... (*Vàse*).

PATOTERO 1º (*A* PAYO). — Perdone che, Payo, no?

PAYO. — ¿Yo?... ¿Por qué?... le estuve diciendo que la iba a ligar... (TURDERA *y* ANGELICA, *que han caído de la mesa con el tumulto, se sientan a invitación de éstos en la mesa de los* PATOTEROS *y piden de beber*).

ANGELICA (*Rienda*). — Se dan masajes faciales gratuitos!... (*La orquesta ejecuta el Tiperary y lo tararean todos. Tres Girls lo bailan*).

MARIA ESTHER (*Sale a cantar un estilo o canción con estribillo y no la dejan terminar, armándole un "fideo". La orquesta a fin de acallar el tumulto la emprende con un "One Step". Se proponen bailarlo dos o tres parejas*).

TURDERA. — Una farándole, muchachos, todos! ¡Que la bailen todos!... (*En seguida lo imitan todas las parejas, con excepción de* MARIA ESTHER *y el* PAYO). ¡Usted también, Payo!... Ni Dios se salva de bailarla!...

PAYO. — Che, pero yo estoy viejo ya pa estas cosas...

TURDERA. — Prendaselé a esa!... ¡Nada, nada! (*Por* MARIA ESTHER). (*El* PAYO *se ve obligado a bailar y tomando a* MARIA ESTHER *se incorpora al final de la columna. Dan una vuelta por la escena y desaparecen por derecha, menos* PAYO *y* MARIA ESTHER).

PAYO (*Que consigue desprenderse*). ¡No puedo más! ¡Quién sigue a estos locos!... (*Mientras la música se pierde a la distancia.* PAYO *y* MARIA ESTHER *han quedado frente a la puerta de entrada, donde* HECTOR, *al enfrentar a ella, se ha quedado sorprendido contemplando a* PAYO).

## ESCENA IV

HECTOR. — Muy bien, querido tio...

PAYO (*Pretendiendo disimular su turbación*). —¡Hola!... (*Aparte*). ¡Qué papelito!... Quién me meterá a mi en estas cosas!

HECTOR. — Ante todo, tio, me va a permitir que lo felicite por la compañera...

MARIA ESTHER. — Muchas gracias...

PAYO. — No, te diré... te diré!... este... Se trata de una... señorita empleada... a quien procuro sencillamente distraerla, pues... está presa... de una profunda melancolía... (*Aparte*). Aqui de tu cara rota, Payo!...

HECTOR. — Así lo he comprendido yo, tio. Cómo voy a sospechar siquiera que usted pretenda enamorar a su edad... y a una criatura así tan gentil y buena moza... y que puede ser hija suya?... (*Cambia expresivas miradas de inteligencia con* MARIA ESTHER).

MARIA ESTHER. — No tanto, no tanto...

PAYO (*Aparte*). — ¡Uy! éste la tiene más rota que yo!... Me ha reventao el sobrino! ¡No te acoquinés, Payo! (A HECTOR). Ante todo, señor sobrino, puede saberse la razón de su presencia en este antro?

HECTOR (*Con marcada ironía*). — Le diré a usted, señor tío. Por razón de estudios. (*Con énfasis*). Son estos antros la panacea de las almas juveniles. Son estos antros el panal...

PAYO. — Te voy a dar un castañazo en el panal...

HECTOR (*Riendo*). — Qué gran tipo es este tio.

PAYO. — Che... pero el ejemplo que doy. No está bien.

HECTOR. — ¿Pero usted con prejuicios, tio?... El hombre, como la piedra, debe rodar mucho para llegar al final de la cuesta convertido en un canto rodado, es decir, pulimentado. Es lo que voy persiguiendo, tio: perder esta rusticidad para llegar a ser un hermoso ejemplar de canto rodado, como es usted. ¿Hablo bien, tio?

PAYO. — Demasiado, querido sobrino. Bueno y a sentarse que aqui tenemos la perrada de vuelta. (*Se sientan los tres en una mesa. Reaparece la farandole, dan una vuelta por la escena y termina la música, dispersándose las parejas por las mesas, animadamente*).

(UNA ARTISTA *canta una canzonetta italiana.* HECTOR, *mientras, mantiene una ininteligible conversación con* MARIA ESTHER. *La orquesta ejecuta un tango*).

TURDERA (*Después de cambiar una mirada de inteligencia con los demás patoteros, va hacia* MARIA ESTHER). Vení a bailar... (HECTOR *se sorprende y* MARIA ESTHER *después de un segundo de irresolución, temiendo comprometer a* HECTOR, *sale a bailar con* TURDERA. TURDERA *está ebrio, pero simula estarlo más, haciendo unos cortes exagerados con el sólo propósito de hacer caer a* MARIA ESTHER, *festejándole ruidosamente la patota*).

HECTOR (*Que mira espantado a* PAYO). Esto es brutal!... (*Queriendo levantarse*). Pero, cómo permiten estos salvajismos!...

PAYO.—¡Quieto!... Dios te libre de entrometerte en nada! ¡Se volverían todos contra vos!... Salgamos, es lo mejor...

HECTOR. — No, tio, dejemé!... Pero vea!... ¡Es una vergüenza!... (TURDERA *se ha tirado al suelo queriendo arrastrar en su caída a* MARIA ESTHER, *sin conseguirlo. Esta al verse libre, se dirige hacia* HECTOR *llorando y al alcanzarla de nuevo* TURDERA, HECTOR *se interpone y cubriendo el cuerpo de* MARIA ESTHER, *se queda frente a* TURDERA, *quien después de sostenerle un segundo la mirada, vase hacia su mesa, donde es increpado por los demás*).

PATOTERO 1º — ¡Sos un desgraciao!... No sos capaz de dársela?... Voy yo...

TURDERA. — Paráte... (*Lo detiene*). Vos me dejás a mí... Nadie tiene derecho más que yo... p'arreglar esto. Se acabó!...

PATOTERO 2.º — Pero quién es ese gato?

TURDERA. — Quien quiera que sea... (*llama al mozo*). Un whisky y un vaso cívico!...

MOZO. — ¿Soda?...

TURDERA. — No, señor!... la soda pa los maricas. (*El mozo le sirve*).

PAYO (*A* HECTOR, *que procura consolar a* MARIA ESTHER). — Vos no te movás de ahí, porque te fusilan. Voy a ver si arreglo esto...

HECTOR. — Vea, tio, no hay nada que arreglar con esa sabandija!

PAYO. — Vos te callás, me entendés?... Yo te lo mando.

MARIA ESTHER. — Sí, dejeló, Héctor. A las malas es peor con esa gente. (PAYO *va hacia la mesa de los patoteros*).

Payo (*A* Turdera). — Una palabra, amigo Turdera...

Turdera. — A mí?... Cómo no... (*Un poco aparte*).

Payo. — Che, Turdera, vengo a decirle que no vaya a tomar a mal lo de mi sobrino...

Turdera. — ¡Ah!... ¿es su sobrino?

Payo. — Todo fué una parada pa quedar bien con ella, me entiende, che?...

Turdera. — Sí, pero... me extraña mucho de usted, viejo en estas cosas... ¿Cómo quedo yo ante los demás?... (*Al aludirlos se acercan los demás de la patota*).

Patotero 1º — ¿Qué hay, che?

Patotero 2º — Venimos con componendas ahora?...

Patotero 1º (*A segundo*). — Callate vos, querés?...

Turdera. — No sé... Aquí dice el Payo, que fueron paradas pa quedar bien con ella...

Patotero 1º — ¡Son cuentos!

Patotero 2º — ¡Es claro! de puro compadre se metió.

Patotero 1º — Y ahora sale pidiendo la...

Turdera. — ¡Un momento!... Se me ocurre una cosa... Vamos a ver si han sido paradas de su sobrino, como usted dice. Que la saque pal bosque de Palermo y vamos todos. Le damos la preferencia...

Payo. — Eso sería inhumano, che, Turdera.

Turdera. — Pero... usted se va a asustar?

Payo — No, pero...

Patotero 1º — Bueno, entonces que le dé una satisfacción acá, en público, ya que fué parada...

Turdera. — No, dejáte de tonterías... Vaya Payo y propóngale eso... vaya!...

Payo (*Aparte, separándose*). — Dios mío, qué hago?...

Turdera. — En cuanto lleguemos al bosque, le quitamos la mujer.

Patotero 1º — ¡Ya está!...

Patotero 2º — ¡Ni que hablar!...

Turdera. — Estos son programas! ¡Han visto!... (*Quédanse comentando en voz baja el plan, demostrando cada uno de ellos gran regocijo*).

Payo (*Aparte*). — Aquí, le fracasa a uno, hasta la experiencia! (*Un poco aparte*). Héctor: me he valido, ante esa gente, de una argucia, procurando evitarte una desgracia, inevitable, por tu ligereza. A qué habrás venido!

Hector. — No veo para qué...

Payo. — Pues yo sí, aunque de nada me haya servido. Escuchame: Vos les has inferido una afrenta y no es gente de quedarse con ella.

Hector. — Por no permitir que vejaran a esta pobre criatura?...

Payo. — Bueno, pues es el criterio dominante en un lugar como éste. Pero dejemos esto ahora. Es preciso que te vayas, pero ya mismo, porque te van a provocar y ellos son muchos.

Hector. — ¿Sin ella?

Payo. — ¿Y vos qué tenés que ver con esa mujer?...

Hector. — ¡Ah! pues más de lo que usted se supone, tío. Yo me voy, pero con ella! De otra manera me mostraría ante ellos, ante María Esther sobre todo, como un cobarde, y no lo soy.

Payo. — ¿Sabés a lo que te exponés?... Mirá, escuchame por favor. Hay esto, además... (*Le habla quedo*).

Turdera. — Le voy a ganar la puerta, porque estoy sospechando... (*Váse hacia la puerta de salida*).

Patotero 1º — ¡Demoselá!... ¡Demoselá!... Qué diablos... Ya estoy contento, han visto?... Se me espiantó rápido la tristeza. No hay como un buen programa!

Hector. — ¡Ahora, menos que nunca, tío! Venga conmigo María Esther!...

María Esther. — ¡Por Dios, no!... No se comprometa por mí... déjeme... que yo no merezco...

Payo. — Mirá lo que vas a hacer!... Es una temeridad!... Te jugás la vida!...

Hector.—Y en qué mejor ocasión, tío. Por una mujer! (*A* María Esther, *tomándola por un brazo*). ¡Salgamos!... (*Al llegar a la puerta*).

Turdera (*Cruzándosele*). — Esa mujer me pertenece.

Hector. — Tómela, si es capaz!

Turdera. — Que no... (*Va a echarle mano y* Hector *lo voltea de un golpe de puño. Todos los patoteros se levantan con intención de agredir a* Hector *y entonces éste saca un revólver y los detiene, mientras sujeta con el brazo izquierdo a* María Esther *que se ha desmayado. Los patoteros van estrechando el círculo*).

Payo (*Viendo a* Turdera *que saca revólver, se le va encima y quitándoselo, colócase al lado de* Hector *y dice:*) Atrás, cobardes, o los quemo!... (*Retroceden los patoteros. A* Hector). Al automóvil, vos, ahora!... (*Váse* Hector *y al sonar la bocina. A* Turdera). Pagá el gasto, che! Y mañana te mando la papeleta! (*Por el revólver*).

— TELON —

FIN DEL PRIMER CUADRO

## CUADRO SEGUNDO

(*Un salón interior, de prueba, en la casa de modas de don Diego Martínez, padre de* HECTOR *y hermano del* PAYO. *Sofaes, sillones, sillas, un par de maniquíes y algunos muebles más que, por la variedad, dan la impresión de que esa pieza sirve para todo: salón, comedor, etc., de la casa comercial. A foro una puerta con cortinados, los vidrios pintados de blanco, con letras al revés que dirán: "Tailleur-Costumes." Puertas laterales practicables. En el centro, gran mesa de comer, cubierta con una carpeta y sobre ella una jardinera o centro de mesa, etcétera*).

### ESCENA PRIMERA

MARIA ESTHER, DOÑA JUANA, ROSA, PEPA, DOS O TRES COSTURERAS. *Después* MARTINEZ

(*Al levantarse el telón aparecerán en escena* MARIA ESTHER *y las demás costureras, cosiendo a mano sus respectivos trabajos: vestidos, batas, etc.* DOÑA JUANA, *observará uno de los vestidos*).

JUANA (*Después de una pausa*). — Bien... Traten de apurar, muchachas, esos dos vestidos de jacket... Son urgentes... Esta noche o mañana temprano a más tardar deben ser entregados...

MARTINEZ (*Entrando por la puerta del foro que se supone da al negocio.* MARTINEZ *es la antítesis de su hermano, el* PAYO, *a quien conocimos en el primer cuadro. De mayor edad que él, cincuenta y cinco años, es un hombre grave, circunspecto, con una gran convicción del honor familiar. Viste elegante pero severamente de jacket, usa barba, y en una palabra, tiene el aspecto del hombre serio, como se dice. Consultando su reloj*).—Son las once y media... Pueden retirarse. (*A las costureras. Las costureras se levantan, dejan sus trabajos y se disponen a salir, colocándose sus sombreros y blusas.* MARIA ESTHER *queda en su sitio. A* DOÑA JUANA). Haz preparar el almuerzo, Juana... (*A* ROSA). Y tú, vete a atender el negocio... (ROSA *obedece*).

LAS COSTURERAS. — Hasta luego, señor... Hasta luego, señora.

JUANA. — Hasta luego... Y ya saben: No me falte ninguna.

COSTURERAS. — No, señora. (*Vánse por foro.* DOÑA JUANA *va hasta el foro y luego vuelve*).

JUANA (*A* PEPA). — Estírame a la plancha estas polleras. (PEPA *mutis izquierda*).

MARTINEZ (*A* MARIA ESTHER). — Deje eso, María. Descanse. No es hora de trabajar... (MARIA ESTHER *obedece.* DOÑA JUANA *váse por izquierda como si se dirigiera a la cocina.* MARIA ESTHER *arregla sus trabajos y* MARTINEZ *hace mutis por foro*). (*Un momento de pausa. Entran luego por foro dos niños:* JUANITO *y* MARIA, *con sus útiles como si vinieran del colegio*).

### ESCENA II

MARIA ESTHER, JUANITO, MARIA

JUANITO. — Buenos días... ¿Ya está la comida?...

ESTHER. — Caramba que vienes apurado... Ya te la están preparando...

MARIA. — ¿Vamos a jugar, entonces?...

JUANITO. — Vamos... (*Se quitan las gorras y las carteras que arrojan descuidadamente en cualquier sitio*).

ESTHER. — Pero, chicos; no sean así... No tiren las cosas... No ven que de esa manera le dan más trabajo a su mamá?... (*Recogiendo los libros que coloca sobre la mesa*). Vengan, les voy a quitar la blusa, por lo menos, para que no se manchen... (*Se dispone a arreglar a los chicos con solicitud maternal cuando entra por el foro* HECTOR. *Se detiene un momento a contemplarla*).

### ESCENA III

DICHOS, HECTOR

ESTHER (*A los chicos*). — Los niños deben ser juiciosos... y tratar de no dar más trabajo del que dan... Bueno, ya están. Ahora pueden ir a jugar... (*Los chicos salen corriendo por izquierda*).

### ESCENA IV

MARIA ESTHER y HECTOR

HECTOR.—Haciendo de cariñosa mamita, eh?

ESTHER.—¡Ay!... ¡Héctor!...

HECTOR.—Me vine disparando. (*Apretándole la mano con efusión aunque con recelo*). Ya se me ha hecho una necesidad hablarte siquiera dos palabras, a solas... Estás bien?... Estás contenta?... No extrañas?...

ESTHER.—No... Al contrario... Me parece estar en mi casa... Tu mamá es muy buena... y tu papá, aunque tan serio, no parece malo...

HECTOR. — No; el viejo es así no más... Ya te tomará cariño, y... entonces, no habrá por qué disimular... Dame un beso...

ESTHER.—No... Aquí no... Podríamos echarlo todo a perder.

HECTOR.—Si no nos ven...

ESTHER.—No importa... Ahora no...

HECTOR.—Como quieras... ¿Y... aprendes?...

ESTHER.—Estoy recordando... Tanto tiempo sin hacer nada... Es cuestión de que tome la mano... (*Entra en este momento* MARTINEZ *por foro*).

## ESCENA V

DICHOS. MARTINEZ. *Luego* DOÑA JUANA

HECTOR (*Al ver a su padre, con cierta sorpresa*). ¡Ah!... Papá... ¿Y mamá?...

MARTINEZ. — No sé... ¿No la has visto aún?... Estará en el interior.

HECTOR.—Voy a verla...

MARTINEZ (*Deteniéndolo con un gesto*).—Un momento.

ESTHER (*Comprendiendo que está demás*).—Con permiso... voy a ver a los niños... (*Váse izquierda*).

MARTINEZ. — Te he recomendado muchas veces que no dés confianza a las empleadas...

HECTOR. — Yo no les doy confianza, papá... Le preguntaba...

MARTINEZ. — Cualquier cosa que sea... Basta con el saludo... Uno no sabe quiénes son ni de dónde vienen... Y de las simples preguntas se pasa a los animados diálogos... Y no hay para qué... Ya lo sabes.

HECTOR. — Muy bien... (*Va a hacer mutis*).

MARTINEZ. — ¿Dónde vas?...

HECTOR. — A cambiarme, para almorzar... (*Sale por izquierda. Al salir se encuentra con* DOÑA JUANA *que entra*). ¡Ah!... Mamá. Buen día. (*La besa*).

JUANA. — Buen día, hijo... (HECTOR *mise.* JUANA *entra a escena*).

## ESCENA VI

MARTINEZ y JUANA

MARTINEZ (*A* JUANA, *cuando ha desaparecido* HECTOR). Va a ser necesario vigilar a ese muchacho... No me está gustando nada sus frecuentes charlas con esa otra joven...

JUANA. — ¡Bah!... Le vas a impedir que sea atento con las empleadas...

MARTINEZ. — No son atenciones, simplemente... Dios me libre pensar mal de nadie... pero Héctor no conversa con ella por conversar... Para mí hay más confianza de la que tú y yo creemos... La busca siempre a solas, a solas hablan... y he notado miradas que...: Vamos: que es necesario impedir a toda costa que ese muchacho se desvíe...

JUANA. — Pero, aunque así fuera... ella no es una mala mujer...

MARTINEZ. — Tú no la conoces... Ni yo tampoco. Es una simple recomendada de mi hermano Benito... y Benito no es el inventor de la moral... A pesar de sus seguridades y de sus garantías... yo no creo en ella, ni en Benito... Ya lo sabes, pues...

JUANA. — Exageraciones tuyas. Siempre estás con las mismas... ¡Pobre muchacha!...

MARTINEZ. — No son exageraciones: es prudencia, previsión. Tenemos hijas, mujeres y niños... y es necesario impedir el mal ejemplo, y, sobre todo, evitar a toda costa, que un desvío de esos, frecuentes en los muchachos, pierda a Héctor... Mi padre no me permitió nunca hasta la mayor edad que mirara a la cara a una mujer... Con que, entendido, eh?...

## ESCENA VII

DICHOS. ROSA

ROSA (*Por foro*). — Papá... Esas dos señoras de los trajes de jacket... Las artistas...

MARTINEZ. — ¿Pero no se les ha dicho que estarían para la tarde?...

ROSA. — Sí, les dije así, pero me contestaron que pasaban por aquí, y que querían ver cómo siguen no más...

JUANA. — Sí, atiéndelas...

MARTINEZ. — Vamos. (*A* ROSA) (*A* JUANA). Prepárales los vestidos por si quieren probarlo... (*Váse con* ROSA *por foro*).

JUANA (*Llamando a la puerta derecha*). María Esther!...

## ESCENA VIII

JUANA y MARIA ESTHER

ESTHER (*Entrando*). — ¿Llamaba, señora?...

JUANA. — Tráigase esa pollera que está estirando Pepita... Hágame el favor...

ESTHER. — Muy bien, señora. (*Mutis.* JUANA *cepilla y arregla el vestido que estará colocado en el maniquí. Entran por foro* MARTINEZ, IVONNE *y* ANGELICA).

## ESCENA IX

JUANA, MARTINEZ, IVONNE y ANGELICA

MARTINEZ (*A las dos mujeres*). — No faltan más que algunos detalles... pero de cualquier modo convendrá que por lo menos usted (*A* IVONNE) pruebe el jacket.

IVONNE. — ¡Oh!... Oui... Será bien... Bonjour, madame... Comment allez vous!...

JUANA. — Buen día, señorita...

ANGELICA. — ¿Y el mío?... ¿Estará terminado hoy también?...

JUANA. — Sí... Lo están concluyendo...

IVONNE (*Examinando el suyo en el maniquí*). —Oh!... là, là!... C'est el mio... Quel tres joli!... Mirá, mirá, Anjeliq... Que bonitó...

ANGELICA. — ¡Qué monada!... Pruébeselo, señor, a ver cómo le queda...

MARTINEZ. — Con el mayor gusto... (*Toma el jacket del maniquí y se lo pone* IVONNE).

JUANA. — Ni pintado, que fuera...

ANGELICA. — Che. qué bien... Parecés una aristocrática, che...

MARTINEZ (*Corrigiendo*). — Un poquito en el hombro, y le quedará a usted perfecto.

ESCENA X

DICHOS y MARIA ESTHER

ESTHER (*Con la pollera*). — La pollera, señora...

ANGELICA. — ¡Ay, che!... ¡Maria Esther!... Cómo te va. (*La abraza*). ¿Qué estás haciendo aqui?...

IVONNE. — ¡Oh!... lá! lá!... Mari-Esther!... La picara... ¿Cómo te va?... Adónde te has metid... tanto tiempó... Che!... Qué estás gorda... (MARIA ESTHER *quedará completamente corrida, sin poder decir palabra. En cuanto a* JUANA *y* MARTINEZ *no salen de su asombro*).

ANGELICA. — Pero, che... Contestá!... Qué estás haciendo aqui?... Por qué desapareciste?...

IVONNE.—Sos de la casa içi?...

ESTHER.—Trabajo aqui...

ANGELICA.—¿Que trabajás, decis?...

IVONNE.—¿Trabacás?... ¿De quoi?...

ESTHER.—Y... no lo ven?... Con los señores...

ANGELICA (*Mirando a* IVONNE). Trabaja...

IVONNE (*Mirando a* ANGELICA). — Trabaca... (*Después de un gesto de asombro lanzan a coro una homérica carcajada*...).

ESTHER (*Corrida*).—Bueno, con permiso. Adiós.

IVONNE.—Pero, che... Te vas a ir... Esperate... Vamos a tomar un vermouth...

ESTHER. — No, gracias... Adiós... Con permiso, señora... (*Se va casi sollozando por izquierda*).

ANGELICA.—Pero, mirala che, trabaja... (*Vuelven a lanzar otra carcajada*). Y se ha ido enojada, che!...

IVONNE. — Se ha hecho person decent. Se ira a casar bian!... (*Vuelven a reirse*).

MARTINEZ (*Rojo de ira a* JUANA). ¡Qué te decia yo!... ¡Oh, Benito!...

ANGELICA. — ¿Y de qué trabaja aqui, ésta?...

JUANA. — Es media oficiala modista...

IVONNE. — Trabajará con lo pies... porque para le tangó tenia buenos pies... (*Rie*).

MARTINEZ. — ¿La conocen ustedes?...

ANGELICA. — Si, era compañera nuestra en el cabaret... Baila bien, después de mi, era puede decirse, la mejor...

IVONNE. — Pero siempre le dió por le sentimentalisme... Te acordás, che... ¡Quel bochinche!... con tu primer amante, y de ella osi. Turderá...

MARTINEZ.—¿Y... la ven ustedes con frecuencia?...

ANGELICA.—No... Hace como un mes desapareció después de un bochinche... que tuvo con un amigo... pero es una pobre muchacha...

ESCENA XI

DICHOS, EL PAYO y MARTINEZ

PAYO (*Entrando por foro*).—Buenos dias...

IVONNE. — Oh... Mirá quien está içi también... El payó... Pero aqui está ahora todo el cabaret...

PAYO (*Aparte*). — Adiós mi plata!...

ANGELICA. — Cómo te va, viejito... Qué hacés acá?... Vos siempre donde hay mujeres, eh?

PAYO—Pero... señoritas...

IVONNE.—¿Señoritas?... Dejate de pavades... Viejite... O vos también trabajás içi?...

MARTINEZ—¡Cómo!... Ustedes conocen también a éste?...

ANGELICA.—¿Y quién no lo conoce al Payo Martinez?... Un viejo más verde que una aceituna... (*Las dos rien*).

PAYO.—Señoritas... yo...

IVONNE.—¡Já! ¡Já!... Se ha hech hombre decent... también...

MARTINEZ (*Cortando la burla*). — Bien, señoras... Esta tarde a primera hora se les enviarán los vestidos...

ANGELICA. — Bueno, vamos che... es hora... (*A* MARTINEZ). No se olvide, eh?... temprano... (*Al* PAYO). Adiós, viejito... Y a ver cuando vuelves por allá...

IVONNE. — Bien... Adieu... Au revoir, viejite calavegón... Y decile a Marí-Sther que no trabaque tante... (*Las dos se rien*). Adieu, señora... (MARTINEZ *las acompaña hasta foro*).

PAYO (*Aparte*). — Me han reventado las atorrantas éstas... (JUANA *se va por izquierda*).

ESCENA XII

MARTINEZ. — ¡Qué te parece!... ¿Qué bonito es todo esto?... Puedes estar satisfecho... (*Silencio del* PAYO). Pero no te da vergüenza andar en estas... inmundicias?

PAYO — ¡Hombre!... Creo que se me ha pasado ya la edad de las reconvenciones... y de los peligros... Soy bastante crecidito...

MARTINEZ. — Lo que se te ha pasado es la vergüenza...

PAYO. — ¡Diego!... Te prohibo que me ofendas... No tienes ningún derecho...

MARTINEZ. — ¡Cómo que no!... Voy a permitirte que me traigas aqui mujeres de esa calaña, (*por* MARIA ESTHER) con engaños y mentiras, prostituyendo mi hogar, pervirtiendo a mi hijo y

llenando de oprobio esta casa... con el escándalo y el mal ejemplo?...

PAYO. — No digas tonterías, hombre... Tienes la obsesión de la moral, tú también... Esa muchacha es un alma de Dios, y yo...

MARTINEZ. — ¡Qué! La vas a defender?... No la has traido acaso de un cabaret, engañándome que era una huérfana y que necesitaba nuestra protección moral, más que material?...

PAYO. — Y bien: la necesita... Yo no sé ni me detengo a pensar de dónde viene ni cuál es su pasado... Es una mujer, sola y desgraciada y basta!...

MARTINEZ. — Dices bien... es una desgraciada... Una hija del fango... y es allí donde debe estar... y no aquí donde hay niñas y donde tengo un hijo que, entiéndelo, causa tuya, ya comienza a inclinarse a esa... desgraciada.

PAYO. — No seas infeliz... Que va a comenzar... Tú qué crees? ¿que los muchachos de hoy, remontan barriletes a los veinte años?... No seas inocente... Y sobre todo: no seas hipócrita... Con esa estúpida moral, de boca afuera no haces nada más que alimentar el vicio tanto más violento cuanto más disimulado...

MARTINEZ. — ¡Benito!... No hables así, te lo prohibo... Mi hijo...

PAYO. — Tu hijo es como todos los jóvenes de hoy y de antes y de siempre... Y si se inclina a esa joven será porque la ama y la necesita... Y no me culpes a mí... Yo no he hecho nada más que acceder a un ruego de él, convencido de que tenia razón, y de que en cuestiones de amor, más vale la franqueza de hechos que la hipocresia de los disimulos... y convencido también de que sólo con la libertad, y la bondad y la protección podia hacerse un santo amor de lo que comenzaba como una pasión mezquina...

MARTINEZ. — Entonces, quiere decir que Héctor y esa mujer...

PAYO. — Eres un infeliz en no haberlo comprendido...

MARTINEZ. — ¡Oh!... Yo pondré remedio a esto... (*A la puerta de izquierda. Llamando:*) Maria Esther!... Maria Esther!...

PAYO. — ¡Qué vas a hacer!...

MARTINEZ. — A cortar por lo sano, a pesar de tus teorías de pervertido...

PAYO. — Harás una injusticia...

MARTINEZ. — Haré lo que me da la gana. Estoy en mi casa!

## ESCENA XIII

DICHOS y MARIA ESTHER

MARTINEZ (*A* MARIA ESTHER *que se presenta cabizbaja y vergonzosa*). Señorita... Puede usted hoy arreglar lo que tenga aquí, y buscarse otro acomodo... Yo no puedo consentir en que usted permanezca un dia más en esta casa...

PAYO. — Pero, Diego, eso es una infamia...

MARTINEZ. — Lo que tú quieras... pero yo estoy en mi casa y en ella mando yo... Ya lo sabe usted, señorita...

ESTHER. — Yo no he hecho, señor, nada que pudiera ofenderlo...

MARTINEZ. — A usted le parecerá asi... pero usted me ha engañado, en connivencia con mi hermano y con mi hijo, para traer el escándalo a esta casa...

PAYO. — No exageres, Diego... Nadie te ha engañado, y menos ella...

ESTHER. — Yo he venido, bajo la protección del señor (*por el* PAYO) y por que creia que en alguna parte podia olvidar lo que ha sido mi desgracia... pero no se incomode usted, señor... Me he equivocado... y le dejaré su casa, mucho antes de lo que usted desea...

MARTINEZ. — Cuando usted guste...

PAYO. — Maria Esther, perdóneme... pero ya lo ve usted... Esta no es mi casa!... Yo no tengo casa!... Sin embargo...

ESTHER. — No importa, señor... Volveré al cabaret... Allá no me preguntarán de dónde vengo... (*Hace mutis por la puerta derecha*).

PAYO. — Esto que hacés con esa joven es una infamia y una cobardía... Si esto es tu moral y tu honor, reniego yo de tu honor y de tu moral! ¡Cobarde!...

MARTINEZ. — Mira, Benito... No me ofendas, por que no te lo voy a consentir. No me saques de mi paciencia... Entiendes... (*Gritando*).

PAYO. — ¡Eres un mal hombre!...

MARTINEZ. — Y tú eres un disoluto... un viejo pervertido.

PAYO. — ¡Diego!...

## ESCENA XIV

DICHOS, JUANA, HECTOR, PEPA

(*Aparecen a los gritos* JUANA, HECTOR *y* PEPA)

JUANA. — Pero, Dios mio, qué es eso!... No discutan...

MARTINEZ (*A* HECTOR). — Venga usted acá, caballerito... Desde hoy trata usted de corregirse en sus costumbres o me deja usted esta casa... Es ese el modo de pagarme todos los sacrificios hechos por su porvenir y su educación?... Trayéndome una... una meretriz a su propia casa... A la casa de sus hermanas?...

HECTOR. — Papá... Yo no he traido una meretriz, como usted dice.. He traido a una mujer que amo y que por lo tanto, quiero dignificarla...

MARTINEZ. — Y la va a dignificar usted haciéndola su querida?... ¿Es amor acaso la rela-

ción criminal y vergonzosa con mujeres de cabaret?...

HECTOR. — Papá... está usted ofendiendo a Maria Esther, y a mí... Yo no he mirado de dónde viene, por que la quiero y nada más... y con sólo quererla la igualo a mí y la elevo sobre todo lo que pueda contaminarla... Si se lo he ocultado ha sido por que queria que usted la conociera bien, por que ella demostrara que es capaz de regenerarse y por que yo mismo quiero comprobar mi propio cariño...

MARTINEZ.—Eres tan cínico, como tu tío...

PAYO.—Diego...

HECTOR.—Pero, papá...

MARTINEZ.—¡Basta!... (*A* PEPA). Preparen la mesa... (PEPA *y* JUANA *tienden la mesa. Entran los dos chicos*. JUANITO *y* MARIA, *con una casita de cartón de juguete y se sientan a la derecha en el suelo a armarla*). Y desde hoy en adelante le prohibo que vea más a esa mujer. El primer dia que yo lo sepa va usted también a la calle... No faltaba más... (MARTINEZ *sale por foro*).

## ESCENA XV

DICHOS, *menos* MARTINEZ

HECTOR. — Es una injusticia, mamá...

JUANA. — Pero, hijo mio... Es una mujer de un triste pasado... Hoy han estado aquí dos mujeres que la conocen... Y tu padre tiene razón... Es una vergüenza...

HECTOR. — No; no tiene razón....Si esta casa es tan moral como él y usted dicen... a dónde mejor va a ir para regenerarse una mujer así?... Por eso la he traído...

JUANA. — Pero tú no comprendes que tienes hermanas, menores, y que ese seria un ejemplo desastroso para ellas?...

HECTOR. — El ejemplo es otra mentira... Nadie se pervierte por lo que vé, mamá... Ustedes acusan a esa pobre muchacha de venir de donde viene... pero no tienen escrúpulos en que vengan otras mujeres de su misma naturaleza, cuando vienen a dejar dinero... Entonces no hay mal ejemplo... Entonces hay buen negocio...

PAYO. — Bien dicho... Esa es la relatividad de la moral!

JUANA. — Pero ustedes se han vuelto locos...

HECTOR.—Peor seria que nos volviéramos también hipócritas...

## ESCENA XVI

DICHOS, MARIA ESTHER

(*Sale* MARIA ESTHER *de izquierda con un paquete y cruza lenta y tristemente la escena para hacer mutis por el foro*).

HECTOR (*Sin poderse contener*). — Maria Esther... (*Va a darle la mano*). Perdóname...

ESTHER. — No importa... Todo esto me lo esperaba... Y te lo dije. Pero tú no tienes la culpa...

HECTOR. — ¿Y te vas a ir así?... ¿A dónde vas?...

ESTHER. — A cualquier parte... No me faltará... Si me buscas, siempre me encontrarás... pero no te conviene buscarme...

## ESCENA XVII

DICHOS, MARTINEZ *y* ROSA

(*Aparecen* MARTINEZ *y* ROSA *por foro. Todos quedan en silencio*).

ESTHER.—Adiós... Y muchas gracias... (*Rompe en un sollozo y vase por foro*).

HECTOR (*Precipitándose a ella*). Maria Esther! (*Lo detiene de un brazo* MARTINEZ).

MARTINEZ. — Si sale usted detrás de esa mujer, no me pisa usted más esta casa!...

JUANA (*A* HECTOR). — Tranquilizate, hijo mio. (*Lo abraza*).

HECTOR. — Es que yo la quiero, mamá... (*Se sienta cabizbajo en una silla*).

MARTINEZ (*A* PEPA). — Haz servir el almuerzo... (PEPA *sale por izquierda y vuelve en seguida*. MARTINEZ *va hasta los dos chicos que juegan con la casita de cartón y le pega un puntapié derrumbándola*). Basta de juguetes aquí... A la mesa!...

JUANITO (*A* MARIA). — La hacemos luego en el patio, querés?...

MARIA. — Bueno...

MARTINEZ. — A la mesa... Vamos. Se acabó... (*Se sienta a la cabecera. Al rededor de la mesa habrá nueve sillas puestas cuyas ocho primeras ocuparán silenciosamente* MARTINEZ, EL PAYO, ROSA, PEPA, HECTOR, JUANITO *y* MARIA, *quedando la de la caberera opuesta, vacía. Es el asiento de costumbre de* MARIA ESTHER. *Una pausa*).

JUANITO (*Al* PAYO).—Cuente un cuento, tio, de aperitivo...

PAYO. — Dejate de cuentos, hijito, ahora...

MARIA. — Cuente, no sea malo...

PAYO. — Bueno, lo contaré: (*Comienza el cuento en voz sonora e intencionada. Entretanto la sirviente sirve la mesa*). "Habia una vez en Jerusalém un perro muerto en una esquina... Muchos hombres al rededor del perro estaban comentando sus fealdades...

—"Qué animal más sucio", decía uno...—"Mire qué sarnoso estaba, agregaba otro..."—"Era tuerto, dijo otro, viéndole el ojo vacío..."—"Si, agregó un cuarto; era un perro atorrante,—y la-

drón, y rabioso decian los demás... De pronto un hombre vestido todo de blanco, flaco y triste, dijo:—Sin embargo, parecen perlas los dientes del pobre perro!... Ese hombre era Cristo. El único que le habia visto una cosa bella al feo y muerto animal... (*Una pausa*).

MARIA — ¿Se acabó ya? ¡Uff!... ¡Qué cuento más feo!...(*Pausa*).

JUANITO (*Al notar la silla vacía*). —¡Cómo!... ¿Y Maria Esther? ¿No viene a comer?... (HECTOR, *como despertando de un triste sueño se incorpora de golpe*).

HECTOR. — Tiene razón, tio... Hay algo más bello que todas esas miserias que ven ellos... (*Gritando, sale por foro*). ¡Maria Esther!... ¡Maria Esther!...

TODOS. — ¡Cómo! ¡Papá!... ¿Lo dejas ir?... (*Se incorporan simultáneamente, hablando todos a la vez como si intentaran ir a detenerlo*).

PAYO (*Incorporándose e imponiendo el silencio grita a voz en cuello*:) ¡Silencio!... Déjenlo ir... Quien ha dicho que allá no esté, acaso, la verdadera felicidad! (*Quedan todos estupefactos, mientras cae el*)

— TELON —

# POESÍAS

## EL INTRUSO

De *"Evocaciones"*, libro de próxima aparición.

*Dentro de mí se esconde un ser extraño*
*de hondas penas causante y amarguras,*
*impreciso e intangible y misterioso*
*como una sombra.*

*Cuando el guerrero que en mi entraña duerme*
*halla un entuerto y apréstase ardoroso,*
*requiriendo las armas más lucientes,*
*para el combate,*

*él se interpone en el camino y clama*
*no existir tal entuerto y tanto arenga,*
*que depongo las armas al instante*
*sumisamente.*

*Si trepo a la montaña de mi numen*
*de mi canción con el peñasco a cuestas,*
*llevando las antorchas prometeanas*
*de rebeldías,*

*obstruyéndome el paso me despeña*
*como a Sisifo al pie de la montaña,*
*dejándome jadeante y sudoroso*
*junto a las charcas...*

*Y si de nuevo subo y triunfalmente*
*desde la cumbre, en pie, lo desafio,*
*con temerario, heroico, altivo gesto*
*a la batalla,*

*en el fatál peñón de la derrota*
*con iracunda saña atarme intenta,*
*enviando a devorarme, al buitre fiero,*
*del desaliento.*

*Mas rompiendo los fuertes eslabones,*
*y ahuyentando a los buitres carniceras*
*con un golpe davídico de espada*
*la decapito.*

*y sonriente la marcha continúo*
*por el camino azul de mis quimeras,*
*deshojando los áureos crisantemos*
*de mis canciones.*

MARIO CATALDO MARCIAL.

Enero 1918.

## MI CARACTER

A la maldad opongo el duro bloque
de que se forma este carácter mío,
y así resisto el formidable choque
cual un atleta imperturbable y frío.

La fe que tengo en mi virtud es mucha,
y, cuando encuentro en mi camino un necio,
me defiendo tan sólo en esa lucha
con la férrea coraza del desprecio.

Y por eso es que indiferente vivo
al ataque de espíritus vulgares,
cada día más fuerte y más altivo;
¡ellos se estrellan en su furia loca
cual se estrellan las olas de los mares
al encontrar la inconmovible roca!

*Manuel Páquez (h.)*

* * *

## LECCION DE ANATOMIA

La sala es lúgubre:
la luz desciende
del negro techo
y se refleja
difusamente,
sobre ese lecho.

¿Quién duerme?... Tísica,
ayer difunta
en el hospicio;
hoy, arrancada
a las exequias
y al cinericio;

y al lento y plácido
rezo del clérigo;
y al dormitorio;
y a las menudas
gotas de agua
del aspersorio.

¡Delito! El pecho,
por honda herida,
sángrale a aquella!...
¡Y era tan joven!
¡Y era tan rubia!
¡Y era tan bella!

Con su cadáver
—¡Connubio estéril!—
¡sabieza insana!—
acrece el número
de sus problemas
la ciencia humana.

Mientras que el médico
su lección dicta
y nombra "ad hoc":
Vesalio, Hipócrates,
Harvey, Sprengel,
Bacon y Kock;

yo pienso en cuantas
cosas pasaron
por esa frente;
en los estáticos
sueños, soñados
inútilmente;

pienso en los mágicos
de la esperanza
mil universos!
Ficción efímera
como una estrofa
de cuatro versos!

Amó y, en fantástica
hora, esta niña,
hoy sin sudario,
guardó su amante
corazón, como
en su santuario.

Ahora el clínico
que se lo arranca
del pecho, exhorta:—
"He aquí las válvulas."
"He aquí las células."
"He aquí la aorta."

Sigue: "huic sanguinis
circulationi..."
En tanto, inquieto,
a mis visiones,
en su inmutable
rostro, interpreto.

¡Ciencia, no quiero
de tus consuelos!
¡Los vagos mundos
del sueño, vuélveme!
y moribundos!
¡Paz a los muertos

Perdona pálida
virgen, dulcísima
adolescente!
Hermosa, santa,
de poesía
flor inocente!

*Gabriel de Irjs.*

---

## NOTAS ADMINISTRATIVAS

En un número próximo publicaremos el balance de la revista hasta el número 12.

A todos los que reciban este número y que hasta la fecha de la aparición del 15 no hayan contestado a nuestra circular no le remitiremos la revista por cuanto no estamos dispuestos a recargar nuevamente la publicación por los que pudiendo hacerlo no quieran pagar su subscripción.

A los agentes y paqueteros, les recomendamos que todos los valores los remitan a nombre del Administrador, a Estados Unidos 3725.

Al mismo tiempo, comunicamos que en la Capital no hay agentes autorizados para la cobranza de la revista. Los suscriptores deben dirigirse directamente a la Administración.

**El administrador.**

### A VUELO DE PAJARO

#### Rio de Janeiro

Lo primero que impresiona al viajero al llegar a esta hermosa ciudad, es la luz deslumbrante y la sinfonia de sus risueños colores. La naturaleza fué pródiga en dones con estas encantadoras playas de los heróicos descendientes de Vasco de Gama.

El Pão de Azúcar diriase que es una montaña-tribuna, desde donde los vientos cantan con cálida elocuencia la belleza maravillosa del paisaje.

El agua verde y transparente de la bahia, seméjase a un enorme espejo encantado, donde se reflejan las suaves curvas de los montes que la rodean, tapizados de esmeralda.

El Corcovado es algo asi como un mirador, construido en sueños, por un califa, para evocar en las nostálgicas noches de luna los cuentos de «Las mil y una noches». Y la Avenida Beira-mar, en Botafogo, digna es de ser paseada por César, en un carro de oro tirado por cuatro corceles blancos.

Luego el paseo a Copacavana, con vistas a varias millas fuera de la barra. La visita a la capilla de *Nosa Senhora da Penha*, construida sobre un peñasco, del cual toma el nombre y donde se asciende por una escalera de trescientos y tantos escalones.

Los trenes que os conducen marchan por caminos deliciosos, rodeados de hermosos jardines y de campos extensos, donde trabajan morenas con ancho sombrero de paja y fumando en pito; aquí y allá elegantes palmeras, plátanos cargados de sabrosos frutos, limoneros y naranjos que a manera de incienciarios perfuman el ambiente. Y el tren sigue mugiendo y crepitando, después más jardines, casas, montes y de pronto os encontráis a obscuras ¿qué pasa? — preguntáis. — Un viajero os contesta: Estamos debajo de las montañas: Es un túnel. En seguida la luz otra vez, y siguen huertas, jardines, palmeras, limoneros, plátanos, tamarindos, perfumes silvestres, sol, mucho sol, sol tropical, vegetación tropical, diriase que estáis en pleno bosque: flores blancas, flores rojas, azules, anaranjadas, doradas, hojas verdes, plantas verdes, verdes los campos, verdes los montes, todo verde. El Paraíso terrenal — exclamáis, — acordándoos de la feliz frase de nuestro Ramos Mexia.

Al volver a la ciudad admiráis sus calles limpias y airosas. La Avenida Central muy parecida a nuestra Avenida de Mayo. La hermosa Praia de Botafogo, la Praça 15 de Novembro, el Pavilhão de Regatas, en Botafogo, etc. Después el mar por todas partes. Desde el Morro de Santa Teresa, desde Tiyuca, desde el Corcovado, desde Copacavana mar, cielo, montes, sol, jardines...

*Roberto Inca.*

Rio de Janeiro, 1918.

---



---



---